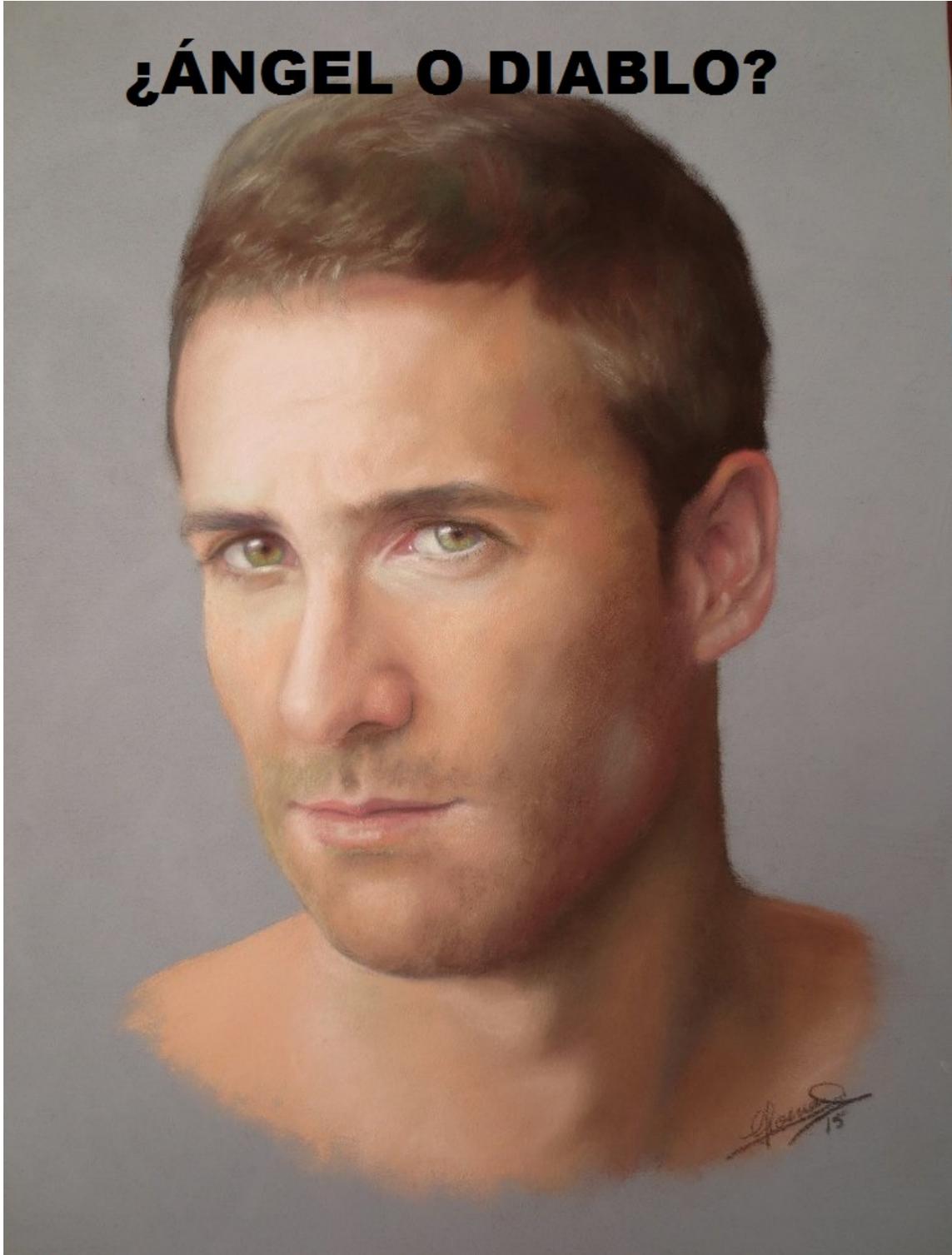


¿ÁNGEL O DIABLO?

Cassandra Blue



Capítulo 1

Habíamos coincidido muchas veces en el ascensor, por la calle, en las tiendas de los alrededores... nos saludábamos, hablábamos del tiempo, de los niños, del trabajo... pero nunca había venido a mi casa, ni yo a la suya. Así que... aquella mañana, cuando vi por la mirilla que era él, me sentí muy cohibida, acababa de levantarme y llevaba tan solo la vieja y desgastada camiseta de dormir y el pelo revuelto, ¡vaya pintas! Me ordené los rizos en el espejo, estiré un poco la camiseta hacia abajo (cosa totalmente imposible) y abrí la puerta, ante el insistente sonido del timbre.

—¡Hola, buenos días! —por un momento recordé como estaba la casa. En pésimo estado para una visita inesperada: las camas por hacer, la cocina manga por hombro, con unas pelusas de polvo rodando por el pasillo que parecía el oeste americano... En fin, que si llegan a entrar los ladrones piensan que allí ya han estado, tal era el completo desorden que caracterizaba mi habitat.

—¡Hola! Perdona que te moleste, pero creo que tienes una fuga de agua.

—Ehh, ¿quién yo?.

—Bueno, —sonrió, con aquella semisonrisa cautivadora d' enfant terrible— tu lavadora. Te sale agua por la terraza del lavadero y... por eso he subido a avisarte, pensaba que llovía pero... he mirado por la ventana y he visto que hacía un sol espléndido así que... me he asomado y claro, era tu terraza que está justo encima de la mía.

—Vaya... pues... voy a ver. Te... ¿esperas un momento?— Imposible dejarle ver semejante antro de cocina que había dejado la noche anterior. Le dejé en la puerta y fui directa al lavadero, efectivamente, el tubo del desagüe estaba roto, desgastado, y se salía toda el agua. Desenchufé la lavadora y corté el agua. Pero ¿estos tubos se cambian? O ¿hay que cambiar de lavadora? Estaba inclinada mirando a ver si había acabado de lavarse la ropa, cuando le presentí detrás. Giré la cabeza y me encontré con su sonrisa y su mirada recorriendo mi silueta.

Me incorporé y volví a tirar de la camiseta para ver si así llegaba a cubrir

algo la indecente desnudez de mis piernas.

—Lo siento. Está toda la casa echa un asco, hoy me toca limpieza general, pero... como he estado trabajando toda la semana.

—Oye, no te preocupes, mi casa está igual.

Ciertamente lo dudaba. Me puse el rizo revoltoso que me caía sobre la cara, detrás de la oreja y le miré azorada.

—Bueno, voy a ver si lo arreglo. —Añadí apoyándome en la encimera igual hay que cambiar el tubo, ya... le diré a mi marido que lo cambie, cuando vuelva, es que...está de viaje y no vendrá hasta el martes.

—Yo estoy de Rodríguez, mi mujer se ha ido con los niños a pasar el verano al pueblo.

Me miró, le miré, nos miramos. Un sofocante calor empezó a recorrer mi cuerpo hasta asfixiarme.

—¡Qué calor hace! —sentí que se me endurecía el pecho y... no llevaba sujetador, bueno... ni sujetador... ni... "lo va a notar" pensé.

—Si necesitas ayuda... —me dijo mientras paseaba sus ojos por mi camiseta sudorosa.

—¿Qué? ¿cómo?

—Me... me refiero al tubo, al tubo del desagüe.

—Ah, si, claro, el tubo.

Capítulo 2

--¿Vas a estar hasta el martes sin lavadora? Si te hace falta, te lo puedo cambiar yo.

—Eh.. no, no, podré esperar. La ropa ya estaba en el aclarado, la tiendo y ya está.

La situación era de lo más embarazosa. Yo allí apoyada en la encimera y él mirándome. Bajé la vista a las zapatillas y al suelo. Y pasé por delante de él, rozándole, ¡la cocina es tan pequeña!

—Perdona —alcé la cabeza al pasar por su lado y me topé con sus ojos, tan cerca, tan penetrantes, tan dulces...

—No me importa venir y arreglarte el tubo de la lavadora, es viernes, hasta el lunes no trabajo. Esta tarde te compro el recambio y listo.

Me adelanté por el pasillo hasta el recibidor.

—No, de verdad que no es necesario, esperaré hasta el martes. Sentía su mirada fija en mi espalda. ¿Se habría dado cuenta de que no llevaba ropa interior? ¿Habría visto algo cuando estaba agachada mirando la ropa de la lavadora? Abrí la puerta y me despedí de él.

—Bueno, pues... muchas gracias por haberme avisado. Puse la lavadora y me volví a la cama, así que... si no llega a ser por ti...

—De nada, mujer. —Apoyó su mano en mi hombro y pasó por mi lado hacia el rellano de la escalera; sentí el olor de su cuerpo y una invasión de feromonas me penetró haciéndome estremecer, endureciendo mi sexo hasta hacerme daño.

Se giró y me miró como presintiéndolo.

—Y recuerda que estoy abajo..., para... lo que necesites.

—Eh... si, si, gracias.

Y cerré la puerta, abrumada por su mirada que me desnudaba. "Bueno, me dije, lo primero es lo primero, voy a sacar la ropa y a tenderla". Todavía sentía sobre mi la mirada de mi vecino, creo que se llama Ángel. Me asomé al tendedero que tengo en la ventana de la terraza, justo al lado de la lavadora. "Ufff, no está muy escurrida". La retorcí un poco en el barreño y empecé a tender. Miré hacia abajo, tan sólo había una toalla suya tendida, no iba a ocasionarle mucho molestia si tendía la ropa mojada encima, con el sol que hacía se secaría enseguida. Me sonrojé, "mira que si me ha visto... con esta camiseta tan corta en cuanto te agachas... debí ponerme el tanga para abrir la puerta. ¡Coño! Justo es eso lo que se me acaba de caer, mi tanga favorito". Me asomé. "¡Vaya encima de la toalla del vecino, enganchado en la pinza".

Me vestí rápidamente con un liviano vestido de tirantes, para ir a recuperarlo. "Si cae al patio de luces donde están las oficinas me quedo sin tanga". Bajé las pocas escaleras que me separaban de la planta del ático (yo vivo en el sobreático) y llamé al timbre de la casa del vecino. Nada, no contestaba nadie. "Vaya por Dios, ahora no está". Volví a insistir. Nada. "Bueno, ya que me he vestido bajaré a por el pan" Tomé el ascensor hasta la planta baja y al abrir la puerta me topé de bruces con él.

—Oh, vaya, vengo de tu casa.

—¿Siiii??? —una amplísima sonrisa maliciosa se dibujó en su rostro.

—No, no —me apresuré a decir, pero...¿en qué estaba pensando? Fijo que me vió el... al agacharme, menos mal que me lo acababa de rasurar por completo— quiero decir que... que es que... —ya estaba yo roja como un tomate— que se me ha caído una cosa en tu tendedero al tender la mía y... había bajado para que me la dieras.

—Pues subimos ahora mismo y te la doy.

Me cogió del brazo y casi me empujó dentro del ascensor. Mirada fija en la puerta para ver los números de los pisos, mirada abajo, mis pies... sus

pies... y otra vez el olor de su cuerpo, sus feromonas mandándome mensajes, se podía cortar el aire de lo denso que estaba. Le miré: "Dios, qué brillo en sus ojos, mejor volver a mirar al techo"

—¡Qué calor, ¿verdad? No se acaba el verano.

—No, no se acaba.

"Llevaba una camisa azul celeste, me encanta el azul. Ya estamos por el siete, que no note que estoy... que estoy deseando que me toque. ¿En qué estará pensando?"

Llegamos a su casa, por fin. Abrió la puerta y me dejó pasar.

—Ya me espero aquí.

—No, no pasa. —Apoyó su mano en mi cintura y me empujó hacia dentro cerrando la puerta. Suspiró hondamente y me miró.

Yo miré hacia todos lados menos a él. Mejor no mirarle.

—¡Qué casa tan...bonita! — "y tan limpia y tan ordenada, ¡Anda que...¿qué habrá pensado de la mía?".

El volvió a poner su mano en mi cintura.

—Anda, pasa, ¿quieres tomar algo?

—No, no, solo quiero que...me des... está en el tendedero.

—Ah, sí, la cosa que se te ha caído.

Se fue hacia la terraza. Yo me quedé esperando allí en la puerta de su cocina, muy limpia y ordenada, por cierto. Seguro que tienen alguna mujer que venga a limpiar o... este chico es una joya, claro que...sin la familia en casa, igual come y cena fuera. Ahí estaba yo haciendo mis deducciones cuando apareció con mi tanga color azul turquesa, de raso y

encaje, entre sus dedos.

—¿Es esto? —preguntó con una mirada de deseo...como si me lo acabase de quitar, de deslizar por mis piernas... dejándome... como me sentía ahora mismo...desnuda.

—Si, gracias —me acerqué sonrojada y tomé la prenda de sus dedos.

El me cogió los dedos con su mano y nos quedamos así, con sus dedos y mis dedos entrelazados en el tanga, muy cerca, mirándonos, en medio de la cocina.

—Esta mañana se te olvidó ponértelo — me murmuró, casi rozándome con sus labios.

—Ya... si... —susurré debajo de su boca, hipnotizada por el roce de su aliento, de sus labios sensuales, dulces y tiernos, sobre los míos- no... no duermo con... ropa interior..

Y el dorso de su otra mano se deslizó por mi vestido y dibujo la curva de mis pezones, totalmente endurecidos.

—Oye...Bueno... —dije reaccionando y cogiendo la prenda de su mano ¿qué hacia yo coqueteando con el marido de la vecina?, si se entera me mata y si se entera mi marido, me estrangula— Me voy, gracias por todo.

Y casi corriendo llegué a la puerta, la abrí y subí hasta mi casa. ¡Qué demonios estaba haciendo! Vale que mi marido estaba fuera y... que una se cansa de jugar con los juguetes a pilas pero...de eso a iliarme con el vecino...!

Y sin embargo, después de comer, seguía con el corazón desbocado y la libido a cien. Una es tan indecisa... ¿Y si iba y le pedía que me cambiase el tubo de la lavadora? Me vestí, me arreglé el pelo, me pinté los labios, me puse "aire" de loewe, y... cerré la puerta, bajé dos peldaños, tres... cuatro... llegué hasta el rellano... y...me detuve delante de su puerta... pero...di media vuelta, tomé el ascensor y me fui a la calle. El aire estaba tan húmedo y cálido como yo. Estuve toda la tarde paseando por el centro comercial, al menos allí se estaba fresquito. Pero no podía apartar de mi

mente, su mirada, sus ojos, el roce de sus dedos en mi pecho, su aliento, sus labios, el olor de su cuerpo llamándome...

Estaba en todas partes, en los escaparates de zapatos, en las tiendas de ropa, en las miradas de la gente que se cruzaba conmigo.

Capítulo 3

Eran casi las diez cuando salí del centro comercial a la calle, el calor húmedo me dio en la cara, asfixiándome. Cuando llegué a casa me di una ducha y me hice un bocadillo, no tenía ganas de cocinar. Me puse una ligera combinación de tirantes, de raso rojo y me senté en el sofá a ver la tele mientras cenaba. Puse los pies sobre la mesa de centro y me acomodé. Pensaba en Ángel y en su mirada de diablo. ¿Qué estaría haciendo ahora? Acabé el bocadillo y con el vaso de zumo en la mano me dirigí a la terraza que estaba sobre la suya. ¡Qué calor!, tal vez estaría cenando allí. Hacía airecito, ¡qué bien! La noche estaba serena, en otras terrazas la gente estaba cenando bajo la enorme luna llena. Bebí un sorbo de zumo y miré hacia abajo, no, no estaba. Habría salido. Me senté en la tumbona y contemplé las estrellas. Y allí mismo me quedé dormida.

Me despertó una sensación de frío, soplaba aire de tormenta. Vaya, la puerta de la terraza se había cerrado. Al intentar abrir para entrar me quedé con la manivela en la mano. Dichosa puerta, teníamos que haberla arreglado hacia tiempo, pero mi marido siempre lo deja todo para otro día. ¡Ufff, qué frío!, me había quedado helada. ¿Qué hacía ahora? Me asomé a la terraza y... entonces le vi. Estaba fumando apoyado en el borde mirando hacia abajo. Llevaba un pijama corto azul marino. Como presintiendo mi presencia se giró.

—¡Buenas noches!

—Holaa, me... me he quedado encerrada.

—¿Qué? ¿cómo?

—Se rompió —le mostré la maneta.

—Vaya, pues se acerca una buena tormenta.

Miré al cielo.

—Ya he visto ya —cruce los brazos sobre el pecho— Me quedé dormida en

la tumbona y me ha despertado el aire y el frío.

—Pues hasta mañana que no vayas a buscar un cerrajero... ¿Por qué no bajas y te quedas aquí?... Espera. y entró dentro de su casa.

—¿Qué vas a hacer?

—Anda baja —volvió tras unos instantes, llevando una larga escalera que apoyó en la pared— yo te la sostengo.

—¿Crees que será una buena idea? No sé si debo.

Pero una ráfaga de aire húmedo me hizo decidirme. Pasé una pierna por encima de la cornisa de la terraza, y después la otra. ¡Qué frío! Mira que si me caigo... La escalera era lo suficientemente alta, menos mal. ¿De dónde la habría sacado? Bajé despacio, un peldaño, otro... estaba descalza.

—No te preocupes, yo la sujeto.

Ya estaba abajo. Me cogió por las caderas para ayudarme a bajar y me abrazó para darme calor.

—¿Tienes frío?.

—Eh..., no, ahora no —sentí todo el calor de su cuerpo acoplado a mi espalda. Sobre todo... de una parte de su cuerpo. Me cobijó pasándome una mano por los hombros y me llevó hacia dentro de la casa.

Y allí me siguió abrazando.

—Oye...ya, ya no tengo frío —nos miramos. Me desembaracé de sus brazos y miré alrededor— puedo dormir en el sofá.

Fuera la lluvia empezó a caer copiosamente. Se había desencadenado una

fuerte tormenta. Ángel se apresuró a cerrar las puertas de la terraza.

—Mira, te has salvado por los pelos. Puedes dormir en una habitación, mujer, si estoy solo, será por camas...

Se giró y vino hacia mi.

—O... puedes dormir... conmigo...

De nuevo me rodeó con sus brazos buscando mis labios. Un roce lento, suave, sedoso, y el olor de su cuerpo me envolvió, olor a diablo, a hombre y sus manos recorrieron mi espalda, mi cintura, me atrajeron hacia él. Sus labios acariciaron mi cuello, se pararon en mis hombros y deslizaron el tirante hasta hacerlo resbalar, se detuvo un momento y me miró a los ojos alzándome la barbilla como pidiéndome autorización para seguir... y... yo... los cerré, eché la cabeza hacia atrás, para dejar que siguiese con el roce de sus labios por el otro lado de mi cuello, unos labios húmedos, dulces, delicados, que apenas rozaban mi piel, que se estremecía con cada contacto... el otro tirante se deslizó despacio por la curva del hombro.

Capítulo 4

—¿Qué vas a hacer? —le pregunté abriendo los ojos— eres un diablo.

—Lo que tu quieras, princesa, sólo lo que tu quieras.

Me senté en el sofá. Fuera se oía el ruido de la lluvia azotando los cristales. Hacía calor ahora, con todo cerrado.

—¿Quieres beber algo? —me dijo, de pie frente a mi, como adivinando mis pensamientos.

—Eh...sí, algo con hielo, con mucho hielo. Tengo la boca seca.

—¿Un whisky?

—Vale.

Entró en la cocina y volvió con dos vasos. Se sentó a mi lado y me ofreció uno.

Bebí un sorbo y recapacité con la poca frialdad que todavía me quedaba en la cabeza.

—Mira Ángel, será mejor que te vayas a dormir, yo me quedo aquí en el sofá y... por la mañana me marcho a buscar un cerrajero.

Me miró, bebió un trago, volvió a mirarme, me acarició la barbilla, sonrió y se levantó. Apagó la luz de la sala y dejó solamente encendida la luz de un acuario, que decoraba un mueble rinconero.

—Como quieras. Pero... —se detuvo antes de entrar en la habitación— dejaré la puerta abierta por si... me necesitas.

—Ehhh..., vale.

¡Vaya!, pensé que insistiría más... me dejó un poco descolocada su retirada, hubiese jurado que no abandonaría el juego fácilmente pero... sí, era mejor así.

Desde el sofá se podía ver perfectamente la cama de su habitación, tenía el cuadro de un desnudo sobre la cabecera... una mujer, de espaldas. Minutos después apagó la luz de su cuarto. La estancia quedó en penumbra. Tan sólo el ruido del aire fuera, con la lluvia golpeando en la cristalera, rompía el silencio, con un sonido salvaje. ¡Me apasionan las tormentas! Son una descarga de energía. Desbordadas, incontroladas. Me recosté sobre un cojín. Bebí un poco y dejé el vaso en la mesa. ¿Qué estaría haciendo él? ¿Sería capaz de dormir? Miré los peces, estaban justo delante de mi, en el rincón, moviéndose de un lado a otro, apacibles. La luz tenue iluminaba mis piernas, ahora estiradas sobre el sofá. Las crucé, se veían largas, estilizadas, las descrucé, me tumbé boca abajo, el pequeño tanga rojo quedó al descubierto. Me giré de nuevo, ¡qué calor hacía! Me iba a ser imposible dormir. Me recosté, cogí el vaso y me metí un trozo de hielo en la boca. El calor me abrasaba. Saqué el cubito de la boca y lo deslicé por las piernas, desde el tobillo, subiendo por la curva de las pantorrillas, la rodilla, la parte interna del muslo, que parecía arder... vaya se había derretido. Cogí el vaso y busqué otro, hice lo mismo, ahora la otra pierna... Ufff esto era otra cosa, se estaba más fresquito con el hielo derretido en las piernas... Me incorporé y lo deslicé por mi cuello, el escote, que fue quedando mojado y fresco, bajando luego por mi pecho, acariciando mis pezones que reaccionaron endureciéndose. ¡Mmmm!! se acabo de derretir en ellos. Todavía quedaba otro. Me lo puse en la boca y lo saqué; me alcé la combinación para deslizarlo por mi vientre. ¡Qué frescor!! Arqueé la espalda excitada.... y...cerré los ojos para... introducirlo dentro del tanga y... que se acabase de deshacer en el centro de mi vulva. ¡Mmmm!!! el agua helada hizo contraer los labios menores y mayores, penetrando dentro de mi vagina, endureciendo el clítoris a su paso. Y... de repente... estaba allí, de pie, desnudo, mirándome, con una cubitera en la mano. Me incorporé sobresaltada pero...me detuvo con su mano en mi hombro.

—Déjame que te ayude. ¿Todavía tienes calor??? —Se sentó a mi lado y cogió otro cubito, se lo puso en la boca y... recorrió mis piernas con él en los labios, primero los pies... luego las pantorrillas... los muslos, iba de una a otra pierna, con cuidado, con suma delicadeza... hasta derretirlo. Al llegar con la boca a mi tanga se detuvo. Me miró. Yo... cerré los ojos y él atrapó con los dientes la prenda para arrastrarla muslos abajo por mis

piernas mojadas y sacarla por mis pies.

—Ángel —susurré abriendo los ojos y cogiéndole la cabeza con las manos— eres un diablo.

—Para quemarme en el fuego de tu cuerpo. —murmuró él, encima de mi.

Me besó en la boca, en el cuello, deslizó los tirantes para liberar mis pechos y acariciarlos con sus manos, tomó otro cubito y los enfrío haciendo circulitos alrededor de los pezones, endureciéndolos como piedras. Luego descendió por mi vientre mientras acababa de desnudarme deslizando la combinación de raso con las manos, apretando mis caderas, fue bajando con sus labios por mi vientre, con pequeños mordisquitos estremeciendo cada célula de mi piel, haciéndome vibrar, para adentrarse entre mis muslos y morder mi pubis. Cogió otro cubito con la boca y lo paseó por toda la vulva, el perineo, me di la vuelta y lo hizo resbalar por mis glúteos, la cintura, la espalda, para volver a bajar y acabar de derretirse entre mis nalgas. Las acarició con su labios y las mordió. Subió con su cuerpo y se puso sobre mi, para darme besitos en el cuello. Noté el calor de su pene apresado en la frescura de mi culito. Cerré los ojos, esto no podía estar pasando... Me giré y rodó sobre mi para sujetarme las manos al lado de la cabeza y mirarme a los ojos. Me besó los labios mientras frotaba su glande contra mi pubis.

—¿Qué vas a hacer? —murmuré bajo sus besos.

—Dímelo tú.

Fuera había cesado el aire y llovía apacible y suavemente, como entró él en mi cuerpo, penetrándome despacio, lentamente, para hacerme desearle, para abrirme, al paso de su verga, como una flor en primavera cuajada de rocío. Mis piernas se enlazaron en su cintura para sentirle más adentro más profundamente, arqueando la espalda, para pegarme a él. Giró sobre si mismo para situarme sentada y poder contemplarme, me acarició el pecho, yo eché la cabeza hacia atrás y en un vaivén oscilé sobre él para besarle mordiendo sus labios, su barbilla, me apretó las nalgas y me sujetó por las caderas para moverme acompasadamente, despacio...

Volvimos a girar, ahora se movía más rápidamente, concentrando toda su fuerza en cada embestida, notaba todo el tamaño de su falo dentro de mi, una vez y otra, fuerte, grande, inmenso, me sujetó por las muñecas y me

mordió los labios, el cuello, haciéndome enloquecer de deseo, mi cuerpo se movía bajo el suyo con fuerza, siguiendo el compás de aquel baile de jadeos y susurros. Hasta que... entre fuertes convulsiones alcancé un intenso orgasmo al sentirle eyacular dentro de mi como un torrente sin control. Se quedó relajado, me tomó la cara con las dos manos y me besó dulcemente, los labios, la nariz, los ojos, me acarició el pelo y me besó el cuello, el pecho, mordisqueó mis pezones que se endurecieron de nuevo.

—Eres un demonio, Ángel. —Le dije sonriendo poniendo mis manos en su pecho.

—Y tu un infierno de pasión —contestó mirándome a los ojos.

Se incorporó se sentó en un lado del sofá. Yo me desembaracé de la combinación de raso que había quedado enrollada en la cintura, la dejé a un lado y me puse boca abajo. El tomó la prenda y rozó con suavidad toda la espalda, los glúteos y las piernas estremeciéndome de nuevo, despertando otra vez el calor, el deseo, una convulsión hizo contraer todos mis músculos.

—Pídemelo —me susurró al oído tumbándose sobre mi espalda.

—Quiero más... —murmuré bajo su cuerpo arqueándome, levantando las nalgas

Su mano resbaló por mi vientre hasta mi pubis para adentrarse en mis labios inflamados y húmedos, rebosantes de lujuria, el flujo corría por mis muslos como un río desbordado.

—Dime que quieres cielo —me murmuró al oído.

—Quiero mássss —y mi espalda se arqueaba y mis nalgas se acoplaban a él para sentir su verga deslizarse, adentrarse entre mis piernas, para penetrarme de nuevo desde atrás, con fuerza, con pasión, mordiéndome el cuello, mientras sus dedos acariciaban mi pubis, mi clitoris. Estábamos jadeando, sudando, uno sobre el otro, y su verga seguía entrando y saliendo de mi vagina, embistiendo como un toro bravo, sobre su presa.

Un grito que estremeció la noche, precedió al intenso y largo orgasmo que

me hizo desfallecer. Estábamos empapados.

—Anda, preciosa, vámonos a la ducha, estamos chorreando.
Nos levantamos. Me cogió en brazos y me llevó hasta el cuarto de baño, sin dejar de darme besitos.

—¡Vayaaa! tienes una bañera redonda.

—Es de hidromasaje.

Me dejó en el suelo y abrió el grifo.

—¿Quieres que nos bañemos juntos?

—Siii, pon mucha espuma, y... sales.

Parecía una cría preparando su primer baño. Echo un buen chorro de gel y enseguida empezó a formarse espuma.

—Nunca me he bañado en una bañera de estas.

—Espera.

Se marchó y apareció en unos minutos con dos velas rojas y una botella de champagne con dos copas.

—Siempre he querido hacer esto. Vamos a celebrar que estás aquí, preciosa.

Encendió las velas y las depositó en una repisa al lado de la bañera. Apagó las otras luces y dejó el baño en una penumbra rojiza muyyy excitante.

—Mmmm, ¿tienes helado? ¿de chocolate?

—Creo que si.

Nos metimos en la bañera con un cuenco de helado de chocolate cada uno y una copa de champagne.iiiMmmm que gustito!!! Uno frente a otro empezamos a acariciarnos con los pies por debajo del agua. Tenía las burbujitas justo debajo de mi vulva. Entrando y burbujeando por dentro. ¡Ufff que sensación!! Y sus piernas entrelazadas, frotándose con las mias. Cerré las piernas y atrapé su pene con los pies, mientras las burbujitas seguían excitando mi esfínter y mi vulva. iiiUfff que fuerte!!

Noté como se iba endureciendo entre mis pies, la tenía tan grande, y tan bonita. El me miraba, volvía a tener esa semisonrisa de niño malo que me ponía a cien. Y poco a poco, con el movimiento de vaivén volvió a alcanzar una dureza muy apetitosa. Me cogió por las caderas y me atrajo hacia él.

—¿Todavía no tienes bastante preciosa?

Enredé mis brazos alrededor de su cuello y sentada sobre él, con mis piernas en su cintura le besé.

—Nunca lo he hecho en una bañera —murmuré.

—¿No?

—No.

—¿Te gustaría?

Asentí con la cabeza mientras cogía la copa y bebía un poquito de champagne. Empezaban a subírseme las chispitas.

—Estás muy guapo —le dije besándole en la nariz.

—¿Te gusto?

Asentí de nuevo sonriendo como una cría pillada haciendo una travesura.

—¿Desde cuando?

—Creo que... desde la primera vez que me miraste cuando nos cruzamos en la escalera.

Y me besó, mientras guiaba su pene, con las manos bajo el agua, para volver a penetrarme.

—¡Ah! —me sorprendió la rapidez con que introdujo de nuevo su miembro dentro de mi. La sensación dentro del agua burbujeante era de lo más placentera. Me moría de placer mientras me besaba, me abrazaba, me empujaba hacia arriba con cada embestida de su verga, le mordí los hombros, me agarré fuerte a él hasta llegar al tercer orgasmo, largo, intenso. Nos quedamos abrazados, besándonos apasionadamente. Luego, después de muchas caricias y susurros, nos secamos el uno al otro y me tomó de nuevo en sus brazos para llevarme a la cama.

—¿Todavía queda helado? —le pregunté mimosa.

—¿Tienes hambre?

Asentí con la cabeza. Me depositó entre las sábanas y volvió con un cuenco de helado. Con una cucharilla me dio un poco, me besó los labios y luego bajó por mi vientre hasta mi pubis, cogió otro poco de helado con la cuchara y lo puso sobre mi vulva. Se adentró entre mis piernas para lamer el helado. ¡¡Mmmmm qué sensación!!! Su lengua pasaba una y otra vez por toda la parte interna de mis muslos, se introducía entre mis labios, inflamados, se deslizaba por mi pubis, volvía a bajar y a succionarlos. ¡Ahhh!!! ¡Otro orgasmo!!! Estaba mareada ya de tanto placer. Me quedé agotada. El se acostó a mi lado.

—¡Preciosa!!, ¿vamos a dormir??

—Espera. —le miré con una sonrisa traviesa. Cogí el cuenco de helado—

todavía queda chocolate.

Cogí la cuchara y le puse un poquito en su pene, que volvía a estar en erección. ¡Mmmm qué rico!!! Tenía una verga preciosa, y con el chocolate, estaba realmente deliciosa. Pasé mi lengua una y otra vez, sintiendo como se endurecía por momentos.

Me acarició el cabello, la nuca, mientras me dejaba hacer.

—¿Quieres más?

Alcé la cabeza y le miré. Cogió otra porción de helado y la colocó en sus pezones. Subí por su vientre hasta ellos para lamerlos muy despacito, una y otra vez.

Me dormí desnuda, abrazada a su cintura mientras él me acariciaba los cabellos húmedos todavía. Fuera la lluvia seguía cayendo plácida, cansada, somnolienta.

Me despertaron sus besos en el cuello y su enorme falo moviéndose dentro de mi. Abrí los ojos. En los cristales la lluvia caía con fuerza de nuevo. Me quedé por unos momentos perpleja, ni aquella era mi casa, ni aquel era mi marido. De pronto lo recordé todos y mis neuronas empezaron a despertar...

—Buenos días princesa —me dijo cogiendo mi cara entre sus manos y mirándome a los ojos, mientras su miembro me seguía penetrando dulcemente.

—Buenos días mi ángel, mi diablo... Me encanta despertarme así.

FIN